

## Testimonio de Alberto Antonio Acuña



**Fecha de nacimiento:** 9/5/69

**Estado civil:** Casado

**Hijos:** 3

**Lugar de nacimiento:** Capital Federal

**Jerarquía:** Cabo

**Síntesis del hecho:** Cuando realizaba un servicio de Policía Adicional, recibió un disparo de arma de fuego por parte de un delincuente que, finalmente, huyó sin consumir el robo.

**Lesiones:** Herida de bala en cráneo con pérdida de masa encefálica.

*“Nunca pensé que iba a disparar, pero no tuvo piedad”*

*“A partir de ese día, empecé a creer en Dios”*

La casa del cabo primero Alberto Acuña, en José C. Paz es tierra de incipientes futbolistas que despuntan las ganas de jugar dándole a la pelota una y otra vez, adentro, afuera, en el patio o en el comedor. Cualquier lugar es bueno cuando la idea es imitar a ese jugador de fútbol por el cual uno de ellos lleva su nombre.

**El padre los mira y sueña con un futuro mejor para esos dos chicos de 7 y 5 años que saben que “a papá unos señores malos le dispararon en la cabeza”.**

**Mientras tanto, la hija mayor del policía duerme en su cuarto y no se presta a la entrevista. Esta mañana acompañó a su abuela a hacer unos trámites y tiene sueño. Pareciera que la idea de revivir momentos tan tristes no la entusiasma.**

**Alberto Acuña vive junto a la esposa y sus hijos en una casa que pudo empezar a construir con el dinero que le pagaron en concepto de seguro por haber sido herido en acto de servicio. Aún espera terminarla.**

**Sobre la barra que separa la cocina del comedor, la familia atesora toda una serie de trofeos que los chicos lograron ganar jugando al fútbol. No son simples adornos, son las esperanzas de un hombre y una mujer.**

**Alberto es hijo único. Nació el 9 de mayo de 1969 en Capital Federal. Allí vivió hasta los dos años, mientras su padre era portero de un edificio. Luego se mudó a José C. Paz, donde se estableció y conoció, años más tarde, a su actual mujer.**

**Cuando tenía 12 años, su padre murió al caer del décimo piso de una obra en la que trabajaba en Capital. A partir de ese momento, Alberto debió salir a trabajar. Cualquier actividad le sirvió a ese chico que junto a su madre debió llevar adelante un hogar.**

*Quedamos mi vieja y yo. Los dos nos la rebuscábamos. Hacía algunas changas, cualquier trabajito para el que me vinieran a buscar. Recuerdos no tengo ninguno... Lo hacía por necesidad.*

**De aquella infancia rememora su mejor pasatiempo: jugar al fútbol. Ese juego que se convirtió en pasión es parte del legado que pretende dejar para sus hijos.**

*Me gustaba mucho jugar a la pelota. De todas partes me venían a buscar y yo iba. Iba o me escapaba. Cuando mi mamá me obligaba a dormir la siesta, yo ponía una almohada en la cama y me escapaba. Ella me buscaba y me buscaba, y no me encontraba. Y cuando volvía me decía “¿otra vez me hiciste lo mismo?”. Pobre, estaba acostumbrada. El fútbol era mi pasión.*

*Iba a jugar a donde me invitaran. No me quiero agrandar, pero jugaba bien. No tenía un puesto determinado. Todo dependía de la cancha. Si jugábamos en cancha de nueve, iba del medio para adelante...*

*Una vez me fui a probar a Argentinos Juniors. Pero como no tenía la posibilidad de que mis padres me llevaran a los entrenamientos no pude seguir... Todavía hoy me vienen a buscar para jugar, y aunque ando con las rodillas mal, a veces voy.*

*Los trofeos son de Jonathan, un jugadorazo. Juega mejor que yo...Y Enzo lo sigue. Tiene ese nombre por Enzo Francescoli.*

*Acompaño a mis hijos en esto del deporte. Voy a los campeonatos, me dedico a ellos. Mi viejo no pudo hacerlo conmigo. Era medio secote en el trato. Nunca agarró una pelota ni fue conmigo a jugar a la calle o a una plaza.*

*Tengo esos recuerdos y trato de no repetirlo. Hago todo lo contrario de lo que hacía mi papá conmigo.*

**Con su padre, Alberto tiene además otra historia pendiente...**

*Si hoy lo tuviera delante le haría un reclamo. Le pediría que no tomara. El tomaba y se emborrachaba. Y cuando pasaba esto, le pegaba a mi mamá. Eso sucedía todos los fines de semana. Si hoy lo tuviera acá, le hubiera reclamado eso.*

*Con mi mamá teníamos una buena relación. Ella trabajaba para mí y me mantuvo sola. Era ama de casa y tenía un taller de costura. Se quedaba hasta la madrugada trabajando. Se esforzó para mantenerme, para que yo estuviera bien.*

**A los 17 entró al Ejército para estudiar. Estuvo casi 3 años en la Escuela Sargento Cabral y la abandonó, desilusionado y porque el dinero no le alcanzaba. Meses después un vecino del barrio, un Sargento Primero de la Comisaría Primera de San Fernando, le ofreció ingresar a Policía. La idea mucho no le gustó, aunque decidió probar suerte.**

*Probé en el Ejército, ¿no iba a probar en Policía? En esos momentos no me gustó mucho la idea, no tenía ningún familiar policía, ni conocía a ninguno. Pero después me enamoré. La llevo adentro, todavía la llevo adentro. Me pegó mucho el tema de ser policía.*

*Lo primero que me gustó fue el hecho de estar de guardia, servir a la comunidad... Y cuando uno lo hace con conciencia, eso es muy lindo.*

*Hice los papeles, y como la persona que me había tentado era correo, personalmente me llevaba los trámites a La Plata. Todo salió rápido... Estuve tres meses en comisaría como aspirante y después fui a la Dantas.*

*Mi primera comisaría fue la misma en la que prestaba servicio quien me hizo entrar. Estuve cuatro años, hasta que me llegó el traslado al Comando de Escobar. De chofer, siempre fui chofer... Estaba todo el día en la calle.*

*De esa época recuerdo al Comisario Ángel Márquez, el mejor jefe que tuve, y al encargado de tercio, el Sargento Ayudante Araujo. El me enseñó muchísimo de la calle. Yo entraba de guardia a las nueve de la mañana y salía a las cinco. Estábamos juntos ocho horas. Yo manejaba y él era el acompañante. Me enseñó todo sobre la calle.*

**Cuando se creó el Comando de Patrullas de Escobar, varios choferes de diferentes dependencias fueron trasladados allí. Y ése fue el nuevo y último destino de Acuña.**

*Estaba desde las ocho de la mañana a las 8 de la mañana del día siguiente. Hacía 24 por 48 horas. Y me acuerdo de todos mis compañeros... El jefe era el Subcomisario Perone, el segundo jefe el principal Molina... Formábamos una guardia muy unida. Era muy distinto a la comisaría, donde estás siempre con el mismo acompañante. En el Comando un día salía con uno y al otro día con otro. Era un muy buen grupo, muy compañero.*

**Su llegada al Comando le dio a Alberto la posibilidad de hacer un adicional. Nunca lo había hecho hasta ese momento, pero la posibilidad de llevar un peso más a la casa lo entusiasmó. Sumó más sacrificios y esfuerzos en pro del bienestar familiar. Ya tenía a sus tres hijos y para ellos quería lo mejor.**

**Habían pasado menos de dos meses de ese adicional cuando se produjo un intento de asalto a la sucursal de Telecom de Escobar, y Alberto Acuña recibió un disparo en la cabeza que le provocó pérdida de masa encefálica y casi le costó la vida. Fue el 30 de octubre de 1997.**

*Mientras estuve en comisaría no hice adicional. Salía de la seccional y volvía a mi casa. Pero cuando llegué al Comando tuve la posibilidad de hacerlo y lo hice, porque la plata no me alcanzaba. Estaba de 8.30 a 14.30.*

*Ese día lo recuerdo como si hubiera sido ayer. Faltaban minutos para cerrar. Estaba cansado, había salido de la guardia, hacía un calor terrible y en Telecom el aire acondicionado pegaba muy fuerte.*

*Estaba uniformado, igual que mi compañero, el Agente Martín Medina. El ubicado cerca de las cajas, yo del lado de la atención al público.*

*En el momento que fui a hablar por teléfono al Comando me apoyé en un mostrador y con la cabeza gacha empecé a marcar el número... Sentí algo que me tocaba la cabeza y una voz que me decía “quedate quieto, esto es un asalto”. Un delincuente había pasado la mano por arriba del vidrio del mostrador del cajero y me apoyó el arma en la cabeza.*

*Tiré el tubo y, muy despacio, giré la cabeza. Ahí vi el fierro. Levanté las manos y le dije que se quedara tranquilo. “Está todo bien, vieja”, le dije... Levanté un poquito la cabeza y sentí el impacto. Gracias a Dios alcancé a correr ese poquito la cabeza. Si no hubiera sido peor.*

*La bala entró por el parietal derecho y salió por el oído. Me hizo una “L”. Ahí caí. No perdí el conocimiento. Le pedí a Toni, uno de los cajeros, que apriete la alarma. “Ya está, Alberto”, me dijo. Yo saqué la pistola, tiré para atrás la corredera y disparé. A uno le pegué en un hombro, creo. Eso me lo contó después una de las chicas que trabajaba ahí, que lo vio escapar ensangrentado. Hice como ocho o diez disparos. Se asustaron y se fueron sin robar nada.*

**A pesar de la gravísima herida, Acuña no perdió el conocimiento hasta mucho después. Con una sonrisa, aún recuerda los momentos que vivió cuando el médico lo auxiliaba.**

*Me acuerdo que vino el doctor. Yo estaba acostado y el médico me quería romper la camisa porque, como me encontraba tan ensangrentado, no sabía dónde me habían herido. Trataba de romper la camisa y no podía. Parecía como si mi esposa me hubiera cosido los botones con alambre...*

*El médico estaba desesperado y yo lo miraba, lo miraba. Y ahí fue cuando empecé a ahogarme. Tuve un paro respiratorio, y no me acuerdo de nada más, hasta que me desperté.*

**Acuña lucha contra la idea de no haber podido hacer nada para evitar ser herido. Pero está orgulloso de haber frustrado el robo. Lamenta no haber tenido la posibilidad de defenderse de otra forma, y de que los delincuentes no le hayan dado una mínima chance para defenderse.**

*Cuando vi la forma en que me apuntaba con el arma, lo primero que pensé fue que en esas circunstancias no podía hacer nada. Si hubiera tenido un segundo, hubiera sacado el arma y tenido un enfrentamiento. Con una oportunidad, lo hubiera hecho. Estaba seguro con el manejo del arma, capacitado. Había tenido entrenamiento en la Dantas y había manejado armas grandes en el Ejército... Si me hubiera dado un segundo, otra sería la historia.*

*Nunca pensé que iba a disparar, pero no tuvo piedad. Disparó igual.*

**Se despertó en la sala de terapia intensiva del hospital Churruca. Habían pasado cuatro días, y complejos tratamientos e intervenciones quirúrgicas habían desafiado los más seguros diagnósticos médicos. La familia de Alberto había recibido muy pocas esperanzas sobre la posibilidad de sobrevivir que tenía el policía.**

**Marta, su esposa, relata el difícil momento que le tocó afrontar cuando un compañero de Acuña llegó hasta la casa de su suegra y, sin dar demasiados detalles, le avisó de la urgencia.**

*El siempre llegaba a las cinco, y yo lo estaba esperando. Vivíamos en la casa de mi mamá, frente a la casa de mi suegra. Un compañero de Alberto llegó y mi suegra me llamó. Me asusté. Crucé la calle con los tres chicos corriendo detrás de mí. De la desesperación me caí en la vereda.*

*El policía me preguntó si yo era la esposa y me contó que había tenido un enfrentamiento. Lo único que me dijo era que tenía que ir urgente al Churruca. Yo ni sabía que era el Churruca... Mi suegra gritaba, los chicos gritaban... Yo no entendía nada.*

*Era un 30 de octubre. No tenía plata y no sabía ni dónde quedaba el Churruca. Un vecino de la esquina, que es remisero, me llevó. “De alguna forma vamos a llegar”, me dijo. Y llegamos.*

*Cuando entré al hospital, ya lo estaban operando. Me dijeron que había perdido masa encefálica. Yo ni sabía qué era la masa encefálica, ni dónde le habían disparado. Mi hermano, que llegó después, lo entendió, pero no me quiso decir nada para no asustarme.*

*Encima, los médicos nos aconsejaban que no nos hiciéramos de ninguna esperanza, que lo más probable era que muriera, o que quedara inválido, ciego, mudo... Estaba lleno de policías llorando. Yo me preguntaba “¿por quién lloran?”. Nunca los hubiera relacionado con Alberto.*

*En esos momentos, se me acercó una mujer. Me dijo que era representante de las viudas de policías. Decía que yo no lo podía asumir, pero que lo tenía que afrontar. Fue ahí cuando los policías que lloraban me reconocieron, se acercaron y echaron a esa mujer. El no estaba muerto. Los médicos lo daban por muerto, los noticieros lo daban por muerto, la familia que había escuchado la noticia lo daba por muerto. Yo no. ¿Aceptar qué?*

**La operación duró ocho horas. El pronóstico era más que pesimista. Uno en mil podría haber salido triunfante de semejante pelea con la muerte. Y Dios, o los médicos, o la fe de su mujer, hicieron que Alberto fuera ese único sobreviviente.**

*Cuando salió del quirófano yo lo estaba esperando. Pero no lo pude reconocer. Tenía la cabeza tan hinchada que no me di cuenta que era él. Lo reconocí por una cicatriz que tiene en la cara... No podía creer que fuera verdad lo que me decían. Tenía respirador artificial, el cuerpo lleno de caños, de tubos. No lo podía tocar, parecía un sueño.*

**Marta se “mudó” al hospital. A pesar de haber tenido la oportunidad de ocupar una habitación de hotel, ella prefirió quedarse en una incómoda silla del pasillo, al lado de la puerta de la sala de terapia intensiva... Sus hijos habían quedado con una hermana y ella los extrañaba cada día más.**

*Cada vez que los chicos venían al hospital, verlos irse era un dolor terrible. El chiquito me llamaba y estiraba los bracitos, yo tenía que estar con Alberto, pero me mataba el verlos volver a casa. A ellos no necesitamos explicarles nada, saben lo que pasó y lo habían visto en la televisión. Es más, como había estado el padre en los noticieros, todas las noches preguntaban cuándo iba a aparecer yo.*

**Luego llegó la recuperación, y hasta los profesionales que lo atendieron empezaron a hablar del milagro...**

*Cuando me desperté, no entendía qué había pasado. Vi a Marta, pero no sabía dónde estaba ni qué me habían hecho. Todos oraron por mí, estaban muy confiados en Dios. Y a partir de ese día empecé a creer. Antes, lo único que me interesaba era la Policía. Pero desde ese momento las cosas fueron para mí de otra forma, un verdadero milagro, si no, cómo se explica.*

**Alberto Acuña estuvo permanentemente acompañado por sus camaradas. A tal punto que en terapia intensiva llegaron a visitarlo más de 30 personas. Y algunas quedaban afuera.**

**Si no era visitado por los amigos, Alberto repetía la historia de su niñez, aunque ahora en lugar de ir a jugar a la pelota recorría los pasillos del Churruca alentando a otros policías heridos. Nunca supo de las posibles graves consecuencias de su herida. Recién un mes después, cuando sufrió su primera convulsión, tomó conciencia del peligro que corrió.**

*Nunca lo supe, hasta que empecé a tratarme con un neurocirujano a causa de las convulsiones. El médico que me atendió preguntaba si podía caminar, hablar o comer solo, y repetía pruebas de todo tipo. Me parecía que estaba preguntando pavadas, porque no era consciente de que hubiera quedado tan mal.*

*Cuando me preguntó si estaba tomando medicamentos, yo contesté “no” y mi mujer “sí”. Nos miramos: ella creía que yo los estaba tomando. Pero no, los había dejado porque eran muy caros. A consecuencia de eso tuve mi primera convulsión.*

*Pasó en la cocina de mi casa. Por suerte, mi esposa logró sostenerme y evitar que golpeará la cabeza contra la mesada... Por ese entonces todavía no me había hecho la operación estética y no tenía hueso en el lugar donde había ingresado la bala.*

**La estética llegó tiempo después. Desafiando los trámites burocráticos, Marta consiguió las autorizaciones para la intervención y le dio a Alberto la oportunidad de salir a la calle sin vergüenza.**

*Cuando salía, todos me miraban. Subía a un micro y parecía que estaba vendiendo algo. Me daba vergüenza salir.*

*Primero me operaron el ojo y me sacaron un coágulo de sangre que me había quedado y que me obligaba a mantenerlo cerrado. Después me pusieron una prótesis de platino que ayudó a que me sintiera mejor. Ahora puedo jugar con mis hijos, tirarme con ellos en la cama a pelear...*

**Hoy, Alberto disfruta de sus hijos, aunque extraña su trabajo. Ya una vez había rechazado la oferta de jubilarse, a pesar de los deseos de su mujer... Ahora está retirado con la jerarquía de cabo primero y su único objetivo es el bienestar de sus tres hijos.**

*Me gustaría que mis hijos fueran futbolistas y tener la posibilidad de poner un negocio para que ellos estuvieran bien. No es mucho lo que yo puedo hacer por las convulsiones. Mis días pasan con mis hijos y esposa. Los acompaño en todo, a la escuela, a los partidos... Quiero verlos crecer bien, que no les falte nada, que crezcan sanos.*

*Si hoy me dijeran que quieren ser policías, directamente les digo que no. Por temor, por mi experiencia.*

**“Para nosotros es un héroe”, dice Marta cuando habla del hecho que le cambió la vida a su marido, mientras Alberto la mira reticente y recuerda el día que regresó a su casa de José C. Paz tras ser dado de alta en el Churruca.**

*Ese fue el día más feliz de mi vida. Me trajo una ambulancia de la Policía Federal Argentina y, cuando bajé, todo el barrio salió a la calle y me aplaudió. No me lo esperaba. Salió de ellos. Vieron la ambulancia y se acercaron. No lloré, pero tenía un nudo en la garganta que no podía más.*

**El comisario inspector Ángel Márquez, primer jefe de Alberto en la comisaría de San Fernando, lo recuerda como un hombre respetuoso, disciplinado y muy trabajador. “Contra mi voluntad tuvo que irse de la comisaría al Comando de Escobar”, confiesa. El jefe al que Acuña recuerda como el mejor, también es un policía que, en 1985, resultó herido en un enfrentamiento. Con su experiencia, Márquez resume su pensamiento destacando que “no importan las condecoraciones, no hay mejor recompensa que la moral”.**